

Segundo domingo de Cuaresma B2021

Las lecturas de este segundo domingo de Cuaresma hablan de la revelación de nuestro destino final. Nos muestran que nuestra confianza y perseverancia en Dios, a pesar del sufrimiento humano, dará fruto para nuestra salvación eterna. Nos invitan a escuchar a Jesús y seguirlo para que lleguemos a compartir un día su gloria.

La primera lectura recuerda el dilema de Abraham cuando fue llamado a sacrificar a su único hijo, Isaac. Comienza con la difícil demanda de Dios a Abraham de ofrecer a Isaac como un holocausto. Muestra cómo, sin pensarlo dos veces y sin dudarlo, Abraham obedeció a Dios.

Luego, el texto muestra la reacción de Dios que impidió que Abraham llevara a cabo el proyecto de sacrificar a Isaac proporcionándole un carnero para ofrecerlo como holocausto. También muestra cómo, debido a la obediencia de Abraham, Dios prometió bendecirlo con numerosos descendientes y una tierra de abundancia.

Lo que este texto nos enseña es que la fe en Dios es exigente. También existe la idea de que cualquier renuncia al privilegio e interés de uno por el bien del Reino de Dios nos trae la recompensa de Dios. La última idea está relacionada con la verdad de que aquellos que, en tiempos de angustia y confusión, no renuncien a su fe, sino que permanezcan fieles, Dios les construirá un futuro brillante.

Este texto nos permite comprender el punto del Evangelio de hoy en que Jesús es transfigurado en la montaña. En primer lugar, el Evangelio dice que Jesús llevó consigo a Pedro, Santiago y Juan y los condujo a un monte alto donde se transfiguró en su presencia. También menciona que en el momento de la transfiguración, su ropa se volvió de un blanco deslumbrante, y luego aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Luego, el Evangelio da la reacción de Pedro que quería construir tres carpas para que vivieran. Después de esto, el Evangelio recuerda el incidente de la nube que los cubrió mientras una voz que venía del cielo atestiguaba que Jesús era su hijo amado a quien ellos tenían que escuchar. Finalmente, el Evangelio habla de la desaparición de los dos hombres y la interdicción de Jesús a sus discípulos para que hablen con cualquiera sobre su experiencia en la montaña.

¿Qué aprendemos de las lecturas de hoy? Hoy quiero hablar sobre la revelación de nuestra gloria a venir. ¿Qué quiero decir con esto? Para explicar el punto que quiero hacer, permítanme comenzar con una simple observación. De hecho, nuestra vida diaria es una mezcla de experiencias contrastadas, compuestas de alegría y tristeza, risa y lágrimas, salud y enfermedad, alegría y sufrimientos, éxitos y fracasos, serenidad y pruebas, etc.

En cada nivel de nuestra vida y en nuestro viaje, tenemos que enfrentar los altibajos de la vida hasta el día en que nuestro viaje se complete. En los momentos más bajos de la vida, como los de las lágrimas, la enfermedad, el sufrimiento y las luchas, y que también podemos llamar los momentos bajos de la vida, las personas tienden a desanimarse, a desesperarse y a perder la fe en Dios. Estos momentos de sufrimiento son una verdadera prueba porque son instancias en las que las convicciones de la vida se tambalean y las certezas que siempre han apoyado a las personas pierden su consistencia.

Para san Pablo, en efecto, estos momentos difíciles, por terribles que sean, no deben separarnos del amor de Dios que se nos muestra en Jesucristo. Por eso piensa que, dado que los sufrimientos y las pruebas se aceptan por el reino de Jesús, nadie tiene derecho a acusarnos o estar en contra de los que pertenecen a Jesús.

Una pregunta que surge a este nivel es la siguiente: ¿Cómo diablos puede San Pablo ser tan optimista sobre el sufrimiento humano mientras la gente está sufriendo y llorando? Pues bien, san Pablo sólo puede mantener esta posición porque está convencido de que los que sufren por Jesús algún día compartirán con él la alegría de su resurrección.

Es esta convicción y certeza de fe en la vida eterna lo que llevó a Abraham, en el pasado, aceptar sin rodeos la exigencia de Dios de sacrificar a Isaac, su único hijo. Pero, debido a que mostró una confianza tan tremenda en Dios, Dios le protegió la vida a su hijo y lo recompensó con numerosos descendientes y una tierra hermosa.

Por lo tanto, Abraham se hace en el símbolo de la confianza en Dios en tiempos de prueba y en un faro de esperanza para quienes creen en la realidad del mundo venidero. Si no creyera en la certeza de la vida eterna y la realidad de la gloria a venir, no tendría sentido para él pensar en el sacrificio de su único hijo. Como dice la carta a los Hebreos, "(Abraham) razonó que Dios podía resucitar (a su hijo) de entre los muertos, y por eso recibió a Isaac como símbolo" (Hebreos 11:20).

La realidad de la gloria a venir es lo que aparece en la transfiguración de Jesús. Este episodio ocurrió precisamente después de que Jesús les hablara a sus discípulos sobre su sufrimiento y muerte. Como era de esperar, los discípulos se entristecieron mucho con esta noticia.

Para consolarlos y mostrarles que hay más que esperar más allá del sufrimiento humano, Jesús, que solía subir al monte a orar solo, se llevó esta vez a Pedro, a Santiago y a Juan. Su intención era claramente que ellos pudieran ser los testigos de lo que le sucedería en la montaña.

En este sentido, su profunda motivación fue que llegaran a darse cuenta con sus propios ojos de que aunque tenga que pasar por el sufrimiento y la muerte, está preparado para una gran gloria. Por lo tanto, a su vez, ellos también tienen que pasar por el sufrimiento por su causa para poder participar de su gloria.

Por eso, la transfiguración de Jesús arroja luz sobre nuestros propios sufrimientos. Muestra en particular el resultado de nuestra vida que terminará en gloria si permanecemos fieles a Jesús a pesar de nuestro sufrimiento actual. A medida que compartamos su gloria, nuestro cuerpo mortal llegará a ser como el suyo en la gloria del cielo. Por tanto, no sufrimos por nada; no corremos en vano, sino por un objetivo, a saber, compartir un día la alegría de Jesús.

Con todo esto en mente, entendemos por qué tenemos que escuchar a Jesús. Entendemos también por qué Moisés y Elías conversan con él para invitarnos a confiar en él, porque en él se unen la Ley y las profecías. ¡Que esta Cuaresma sea una oportunidad para renovar nuestro compromiso con Jesús y esperar que venga nuestra gloria! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Génesis 22: 1-2, 9^a, 10-13, 15-18; Romanos 8: 31b-34; Mark 9: 2-10



Fecha de la Homilía: el 28 de Febrero, 2021

© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20210228homilia.pdf